La Academia de la lengua catalana

y la Gramática

y Diccionario de la misma lengua

La laudable campaña emprendida por el vicario general de Mallorca doctor Alcover con objeto de que catalanes y mallorquines, valencianos y hasta rosellonenses contribuyan á la formación del Diccionario de la lengua catalana ha movido á todos para secundar con amor y también con cariño una obra que ha de redundar en bien de Cataluña en general, y de la lengua catalana en particular. Al iniciar esta campaña, creemos que debía hacerse, no como tratándose de un trabajo del cual no hubiese antecedentes, sino, como un trabajo al cual se pretendía dar carácter oficial, y en consecuencia, que revistiera aquella unidad y autoridad que dan á toda obra de esta naturaleza, cuando no es parto de un solo individuo, sino de varios que se han distinguido ó distinguen por su erudición, ó se han acreditado como buenos hablistas. Ante esta consideración lo primero que ocurre es preguntar si existe para la lengua catalana una Academia *ad hoc*, y si hay ó ha habido Gramáticas y Diccionarios catalanes. Si bien es verdad que esta clase de trabajos ha de ser obra de todos, porque todos sin pensarlo contribuimos á su formación desde el momento que la lengua tiene vitalidad, no hay que echar al olvido los esfuerzos hechos por cuantos nos han precedido.

Si dirigimos una mirada retrospectiva observaremos, que la lengua catalana ni está huérfana de Diccionario y de Gramática, ni, hasta puede decirse, de Academia, porque en principio, y más que en principio, en efectividad hay de todo.

Empecemos por el Diccionario. Desde época bastante remota tiene la lengua catalana diccionario propio, pues desde 1516 hasta nuestros días conocemos:

Diccionario latino-catalán y catalán-latino de Antonio Nebrissensis ó Nebrija, publicado en Barcelona el año 1561.

Diccionario latino-catalán-castellano y catalán-latino-castellano del mismo Nebrija, publicado en Barcelona en 1584.

Diccionario catalán-latino de don Juan Lacavalleria, publicado en Barcelona en 1696.

Vocabulario catalán-latino de Torra, coetáneo del de Lacavallería.

Vocabulario catalán-castellano-francés de Josep Broch, publicado en Barcelona en 1771.

Diccionario catalán-castellano-latino de don Antonio Jugla, publicado en Barcelona en 1803.

Diccionario castellano-catalán-latino-francés-italiano, publicado por los señores Marti, Bordas y Cortada en 1842.

Vocabulario catalán-castellano y castellano-catalán del señor Ferrer.

Diccionario manual catalán-castellano y castellano-catalán de don Santiago Angel Saura, cuya quinta edición se publicó en Barcelona en 1870.

Diccionario catalán-castellano y castellano-catalán, cuya última edición está muy aumentada.

Además de las obras citadas, andan por acá y acullá, esparramados, no pocos vocabularios, que aunque cortos, han contribuido á popularizar, si así puede decirse, el conocimiento propio de nuestra lengua materna. Balari con sus «Etimologías;» Bergnes de las Casas con sus «Raíces griegas y germanas;» Orosa y Arnó con su primera parte del «Guía del instructor catalán;» Torelló y Borrás con su «Método para facilitar á los catalanes el conocimiento de la lengua catalana;» Genis con su «Auxiliar del maestro catalán en la enseñanza de la lengua castellana» en su primera parte, y algunos otros autores de cuyo nombre en este momento no nos acordamos, han contribuido á determinar el significado y usos de las palabras que constituyen el vocabulario catalán.

No podemos menos de terminar estas apuntaciones sin dejar de citar el vocabulario latino-arábigo y arábigo-latino publicado por primera vez por C. Schiaparelli, según un códice de la Biblioteca Riccardiana de Florencia en 1871, en la misma ciudad de Florencia, en el cual hay numerosas observaciones, en las notas, acerca del uso y valor de muchas palabras catalanas.

Como remate de este florón que han elaborado no pocos catalanes á su lengua, llevados del afecto que por ella sentían, hemos de hablar de los esfuerzos hechos durante toda su vida por don Mariano Aguiló y cuyo resultado fué dejar manuscrito un Diccionario que, por los datos que de él se tienen, bien puede calificarse de importantísimo para el estudio de la lengua catalana, ya que si se publica tal como está confeccionado puede considerarse como un Diccionario de autoridades.

Si la lengua catalana cuenta en punto á su vocabulario con las obras que acabamos de citar y algunas otras de cuya existencia no tenemos conocimiento, ¿tiene también gramáticas? Veamos.

«Gramática catalana breu é clara» de autor desconocido y de á mediados del siglo XVI.

«Orthologia y Orthografía catalanas», de Fr. Pedro Martyr Anglés, publicada en Barcelona en 1741.

«Gramática y Apología de la llengua catalana», del Dr. Ballot, publicada en Barcelona en 1814.

«Gramática catalana-castellana», de don Magin Pers y Ramona, publicada en Barcelona en 1847.

«Baseroles per lo us del estudi de la llengua catalana», publicadas en Manresa.

«Grammaire catalane-française», de P. Puiggarí, publicada en Perpiñán en 1852.

«Gramática catalana», de don Pablo Estorch, publicada en Barcelona en 1858.

«Gramática de la lengua catalana», de los señores Bofarull y Blanch, publicada en Barcelona en 1867.

«Compendi de Gramática catalana», de don Llorens Pahissa, publicado en Barcelona en 1873.

«Estudios de lengua catalana», de don M. Milá y Fontanals, publicados en Barcelona en 1875.

«Ortografía catalana», de la Real Academia de Buenas letras de Barcelona, publicada en 1879.

«Lectura y ortografía de la llengua catalana», del presbítero Mariano Grandía.

«Ensayo de gramática del catalán moderno», de Pompeyo Fabra, publicado en 1891.

«Análisis morfológich de la llengua catalana antiga comparada ab la moderna» y «Análisis fonológich-ortográfich de la llengua catalana antiga y moderna», del P. Jaime Nonell y Mas.

«Gramática catalana», del presbítero Mariano Grandía, publicada ha poco.

Además de las obras citadas y de la «Gramática de llengua catalana segons los principis que informan la Gramática histórica» del que el presente artículo suscribe, se encuentra buen número de obras destinadas á revelar el carácter propio de la lengua catalana. Bofarull, con sus «Estudios gramaticales sobre lengua catalana» y su «Crestomatía de la misma»; el presbítero Baudilio Rexach con sus «Instruccions per la ensenyansa de minyons»; Alabau y Sanromá con su «Tratado teórico-práctico de la analogía que guarda el francés con el catalán»; Bordas con sus «Temas para traducir del catalán al castellano»; Estorch y Siqués con su «Rima de la lengua catalana»; Brosa y Arrío con su segunda parte del «Guía del instructor catalán»; Torelló y Borrás con su «Método para facilitar á los catalanes el conocimiento de la lengua castellana»; Genis con su segunda parte del «Auxiliar del maestro catalán en la enseñanza de la lengua castellana», y otras muchas obras y artículos de revistas y periódicos que todavía podríamos citar, revelan el estudio constante que, desde ha no poco tiempo, se viene haciendo de la lengua catalana, pudiendo citarse, además, los que se hacen actualmente en Alemania, Austria, Cerdeña y otros puntos, para depurar, si así puede decirse, la propiedad y pureza de nuestra lengua materna, y el que con respecto al valor propio de los términos geográficos locales de Cataluña en su nombre antiguo y moderno está elaborando el doctor D. Joh Jungfer, del Colegio de Federico de Berlín; así como el que el doctor Ad. Zauner de Viene ha hecho sobre la denominación detalladísima de cada una de las partes del cuerpo humano.

Ahora bien: si la lengua catalana cuenta con tanto y tanto trabajo de índole filológica y gramatical ¿podremos afirmar, sin acusar ignorancia ó ingratitud, que la lengua catalana carece de Diccionario y de Gramática? En manera alguna; lo que puede afirmarse, sí, y esto es á lo sumo á lo que debiera tenderse, que uno y otra tengan carácter oficial, con objeto de que, ante la variedad de pareceres que en punto á ortografía existen, hubiera la unidad que es conveniente haya en toda lengua debidamente cultivada. Y para esto nadie duda que se hace preciso la existencia de una Academia de la lengua. ¿Existe?

Cuando el primer Congreso catalanista que inició el «Centre Catalá», se acordó la creación de una Academia de la lengua catalana, y si bien creemos que llegó á crearse y á constituirse, no ha dado señales de existencia por haber entre los académicos dos personas, cuyo excesivo celo por la lengua hizo antagónicas, dificultándose por tanto la marcha regular y armónica de la misma. Desaparecida hoy esta causa, se podría renovar nuevamente la constitución de la Academia de la lengua catalana, ó acaso, avivar ó despertar la acción de la misma para que, aprovechando ó utilizando cuantos trabajos hay hechos y los que van á emprenderse formara, cuando menos, un Diccionario cuya ortografía podría servir de pauta para todos, ya que aparecería rodeado de la autoridad indispensable para que una obra de esta naturaleza pueda imponerse definitivamente.

El momento no puede ser más oportuno, dada la manera como se ha cultivado la lengua catalana, pues como ésta no está á la altura que debiera en punto á tecnicismo, no se presta con la flexibilidad propia para la enseñanza de las materias que integran el saber humano. Por otra parte, esto facilitaría la fundación y extensión de escuelas catalanas con medio apropiado, ya que tratándose de escuelas no sólo hay que atender á lo que las caracteriza y significa, sino que el medio en ellas empleado sea adecuado.

IGNACIO FERRER Y CARRIÓ.

Recuerdo de Noche buena

Aquella noche—la del 24 de diciembre de mil ochocientos ochenta y pico—nos habíamos reunido una docena de amigos íntimos en casa del doctor León, el profesor tan ilustre por sus conocimientos y por sus manos de ángel, que operaban con singularísima destreza, como querido y respetado por la noble austeridad de su vida y la bondad inagotable de su alma. Y nos disponíamos á sentarnos en torno de una mesa opíparamente servida y que presidía doña Carlota, la hermosa consorte del catedrático, cuando entró en el comedor un criado que, acercándose al doctor, le habló en voz baja.

—¡Vaya!.. lo de siempre...—murmuró la dueña de la casa, con notoria expresión de contrariedad y adivinando lo que iba á pasar.

Y no se equivocó, por cierto. El doctor, después de un mohín medio de disgusto, medio de resignación, se encaró con nosotros para decirnos sonriendo:

—Amigos míos, tengo que dejar á ustedes por un ratito. Lo siento, pero son esos percances inherentes al oficio. Empiecen ustedes á cenar; dentro de una hora estaré de vuelta.

—¿Pero á dónde vas?—preguntó la dama.

—Ahí, muy cerquita; á la casa de en frente; á asistir á esa pobre mujer a quien tú has socorrido tantas veces y para quien ha llegado el momento crítico.

—Vaya usted á cumplir su deber, amigo mío, declaró el general Gomar, uno de los comensales, hablando en nombre de todos nosotros; esperaremos la vuelta de usted y cenaremos tranquilamente.

El doctor se marchó y su mujer nos dió algunas explicaciones acerca de aquella cliente cuyo estado venía tan poco oportunamente á retardar nuestra fiesta. Tratábase de una infeliz viuda, joven y honradísima, cuyo marido había muerto pocos meses antes, víctima de una fiebre consuntiva, causada principalmente por las privaciones materiales y por las angustias morales, con que desde largo tiempo venía luchando con más tesón que buena suerte. Había sido un literato, un periodista de la numerosa clase de estrellados; no desprovisto de talento, pero sí de ventura y destinado á sufrir todos los embates de una mala sombra persistente. Cometió una serie de equivocaciones lamentables y la peor fué la en que incurrió casándose, por amor, con una señorita tan pobre como él, huérfana, sin amparo ni arraigo, enfermiza por añadidura.—«Te vas á casar con una chica que no te durará ni un año», habíale dicho un amigo de esos que se complacen en profetizar crueldades. Pero menos aun que la mujer debía durar el marido. Este falleció á los siete meses de casado, dejando á su viuda sin un cuarto, sin salud y en estado interesante. Algunos compañeros de la prensa hicieron una cuestación para que el cuerpo del pobre literato no fuese á parar á la fosa común y proporcionar los primeros recursos á la infeliz mujer. La caridad de los vecinos había hecho algo en favor de la sin ventura; y ahora, llegado el trance doloroso de su maternidad, el doctor León corría presuroso á la cabecera de la joven paciente.

El breve relato de doña Carlota nos había emocionado y todos esperábamos con febril impaciencia el regreso del facultativo, interesados por la viuda del periodista y deseosos de saber cómo había terminado «aquello». Y entre pláticas y escarceos se pasó una hora y media..., hasta que el retintín prolongado del timbre eléctrico nos anunció la llegada del dueño de la casa.

Al cual vimos asomar en el comedor con su inteligente y enérgico rostro, que nublaba ahora una expresión de profunda melancolía.

—Nada ha podido mi pobre ciencia, dijo tristemente, contestando á la muda interrogación de nuestras miradas.—Al dar la vida ha recibido la muerte esa pobrecita... Dios la tenga en su santa gloria.

Ninguno de nosotros conocía á la viuda del periodista: una hora antes no sabíamos, siquiera, que existiera: Y sin embargo, las palabras del médico humedecieron nuestros ojos.

—¿Y la criatura?.....—preguntó llorosa la esposa del doctor, cogiendo las manos de éste.

Entonces vimos brillar las miradas del sabio con el fulgor de un caritativo y noble entusiasmo; rodeó con su brazo el talle de la bella compañera de su vida y con acento que la emoción volvía tembloroso, dijo:

—Oye, Carlota mía: diez años hace que estamos unidos; diez años de felicidad completa y sin nubes: tan solo una cosa no ha querido concedernos el cielo; un deseo tan ardientemente acariciado: la presencia de un hijo en nuestro hogar. Pues bien, hace un momento, al asistir á esa infortunada joven que se moría en mis brazos, al escuchar de sus labios descoloridos que iban á exhalar el último suspiro, una última súplica, la de que no abandonara á su hijo, he tenido un pensamiento, he formado un proyecto. Dime, Carlota, ¿quieres que ese pobrecito huérfano que ha venido al mundo en Noche Buena sea nuestro hijo?

Lanzó la dama un grito de alegría, cogió llorando entre sus manos la cabeza de su esposo para besarla con transporte y con voz entrecortada exclamó:

—¡Qué bueno eres, amigo mío, qué bueno eres!... ¡Sí! ese niño será nuestro hijo... ¿Dónde está?... quiero verle...

Volvióse el doctor sonriendo hacia la puerta, hizo un gesto y compareció una mujer humildemente vestida, sosteniendo en sus brazos un pequeño bulto: y al abalanzarse doña Carlota, al abrir con delicada mano los pobrísimos pañales, oímos un tenue vajido y contemplamos la diminuta y sonrosada cabecita de un niño.

—Señores—exclamó la esposa del doctor con aire triunfante y después de estampar en prolongado beso sus labios sobre la frente del recién marido—tengo el gusto presentar á ustedes á mi hijo Jesús.

JUAN BUSCÓN

POLÍTICA EXTRANJERA

Crónica semanal

Demasiadamente saben los boers que la guerra que sostienen contra la Gran Bretaña hace más de dos años, es para ellos desastrosa en extremo, pues está causando en su país la más horrorosa y completa de las ruinas; pero saben asimismo que no es menos desastrosa esta malhadada guerra para los ingleses, especialmente por lo que mira al aspecto económico, pues ha abierto en su Hacienda nacional una brecha tan extensa y profunda que los gobernantes veránse en aprietos para reedificar lo caído. No es, por tanto, que deje de ver el presidente Kruger el mal inmenso que causa á su patria la lucha cruenta que sostiene con el coloso del Océano, ni dejan de ver los jefes que de cerca dirigen la guerra las terribles miserias y el espectáculo horrendo que presentan á sus ojos desconsolados aquellos campos queridos que el hierro y el fuego devastan..... Nada de eso dejan de ver, nada de eso dejan de lamentar ese admirable puñado de valientes, y á pesar de ser esto así, á pesar de que es inmensa la desolación de su espíritu, acaban de declarar ante el mundo civilizado, dejándolo atónito una vez más, que están dispuestos «á proseguir la guerra años y más años todavía», seguros de que no han de cansarse, de que no han de rendirse jamás. Y si tal han declarado es porque verdaderamente lo sienten así en lo más hondo de su alma, y que son hombres que más que á su propia vida saben amar los íntimos ideales que alientan en su espíritu, lo han probado ya sobradamente, dejando al mundo venidero ejemplos de patrio heroismo que asombrarán á las generaciones futuras. ¡Tan incomensurable es el amor que sienten por su propio país!

Pero no quiere decir esto, no supone de ningún modo esta singularísima disposición de los boers, que hayan de mostrarse forzosamente refractarios á toda proposición de paz que de un modo verdaderamente autorizado se les dirija, nada de esto..... aunque bien claro está que preferirán morir, que preferirán la entera desaparición de su pueblo antes que rendirse sin honra. Algunos han creído, al escuchar de labios de Krüger, aquella heroica frase, que significaba, nada menos, que la decisión irrevocable de luchar sin tregua ni descanso, y de no hacer, hasta vencer, la más insignificante de las concesiones. Y en realidad no es esto: los boers no se rendirán, no reconocerán ni el prestigio ni el poder de la Gran Bretaña mientras no se les conceda alguna firme garantía de que será respetado su honor. ¡Hasta tal punto lleva este pueblo ejemplar el amor y el respeto á su propia personalidad!

No hay duda, pues, que los delegados boers en Europa están prontos á aceptar proposiciones de paz; pero ha de ser con la condición de que las tales ofrezcan dos cualidades que ellos estiman ineludibles: que dejen á salvo su honra en primer lugar, y que se hagan por una entidad verdaderamente autorizada y por conducto autorizado también. Y es perfectamente verdad que hasta hoy nada de esto se ha hecho; y es natural, mientras no se haga así, que los boers, lo mismo éstos que en Europa representan á su patria y prestan calor á la tremenda lucha, como aquellos otros que allá en su propio país lo defienden con las armas en la mano, seguirán manifestando ante el mundo entero su firmísima resolución de vencer ó de morir en la demanda.....

Y aún es digno de observarse que hoy muéstranse los boers mucho más esperanzados que un año atrás; hoy consideran menos apurada que entonces su situación, hoy contemplan el porvenir con mucho más optimismo; y todo esto se justifica bastantemente, cuando por otra cosa no, por la evolución que se ha observado en la opinión británica con respecto á la solución que debía darse á la guerra transvalesa. Al principio de la misma, no se